

rables frutales y guarnecen limpias y vistosas poblaciones. Por esta parte, en suave declive, elévase la montaña de Montjuich con su cima coronada de baluartes, y por el lado del mar falta de repente el terreno, cual si cortado lo hubiesen de propósito, presentando desde la alta fortaleza sólo el aspecto de un inmenso y horrible precipicio casi perpendicular sobre el agua. Y luégo, desde Arenys hasta Montjuich, extremos de este cuadro, corre la faja azul del Mediterráneo, antiguo teatro de nuestras glorias, vista uniforme pero que nunca cansa, porque es inmensa como el pensamiento y una de las más bellas porciones de todo lo creado.

Entretanto avanzan las sombras desde el oriente y en negras masas circuyen las altas torres, de cuyo seno salen lentos y majestuosos los tañidos de la campana; debajo de nuestros piés resuena confusa y hondamente el órgano, y de las aberturas que comunican con el santuario, como de un místico depósito de perfumes, exhálase un olor suavísimo. Bajemos por última vez á la iglesia para contemplar la augusta ceremonia. Brillan los cirios de la procesión al pié del altar donde está patente el mayor de los misterios; elévase el cántico sagrado de la Eucaristía envuelto en purísima nube de incienso, mientras las sombrías bóvedas parece que á su modo toman parte en la ceremonia repitiendo y prolongando los sonidos y recibiendo masas rojizas de luz en sus oscuros y negruzcos senos. Resplandece el altar mayor entre el fulgor de las luces y de los sagrados ornamentos; hasta que al dar la hora señalada, vélese el tabernáculo, cesa el canto de los sacerdotes, apágase el resplandor de los cirios, y las ligeras y primorosas puntas del altar se pierden en las oscilaciones de la sombra y de la luz; diríase que desaparecieron con la última nubecilla del incienso!

Tres son las épocas que nos presenta la historia de este edificio, y de cada una hablaremos con la extensión que exigiere su importancia.

Sin remontarnos hasta su primitiva fundación de los primeros siglos de la Iglesia, como afirman algunos, sólo indicaremos una fecha más moderna por ser la que á nuestra intención conviene. El título de Santa Cruz parece ser el primero que de tiempos antiguos tuvo esta sede; y en ella, en tiempo de los Godos, año 599, se celebró un concilio (1), donde concurrieron once obispos además del Metropolitano llamado Asiático que lo presidió. Después de rendida Barcelona á las armas de Ludovico Pío, en sábado año de 801, no quiso hacer éste su entrada hasta el siguiente día, y para dar gracias á Dios por tan singular merced, mandó purificar la Iglesia, que; según esto, puede colegirse sirvió de mezquita todo el tiempo que los moros señorearon Barcelona (a). El domingo, pues, restituídas las cosas sagradas á su estado primitivo, entró Ludovico en la ciudad, precediéndole los sacerdotes y el clero con gran pompa, y se dirigió á la iglesia de Santa Cruz para celebrar su triunfo (2). Pero todo induce á creer que aquel primer edificio se arruinó en su mayor parte cuando en 854 entraron los moros en la ciudad y la destruyeron, quitando la vida á muchísimos cristianos. Frodoino, que era ya obispo en 877, acudió á la generosidad de Carlos *Calvo*, quien en postdata de una carta muy honorífica para Barcelona dice: que por medio de su fiel Judas remite al obispo Frodoino diez libras de plata para reparar su Iglesia, que aquel Emperador tomó bajo su especial protección. Desde entonces, pues, juzgamos debe datar la catedral de la primera época, pudiendo considerarse fundador suyo el citado monarca.

Por este tiempo recibió el título de iglesia de Santa Eulalia, que añadió al antiguo de Santa Cruz, después que hallado el cuerpo de la Santa Barcelonesa, se puso en la Catedral, como también lo confirma el tan citado privilegio en latín del año 878,

(1) FLÓREZ, tomo *Barcelona*.

(a) Véase lo que decimos en la nota á la pág. 103.

(2) CAMPILLO, *Disquisi. et. vet. Anal.*, tit. 18.

del cual extractamos lo siguiente: *Pidió también el mismo venerable obispo Frodoino por amor de Dios y reverencia de Santa Cruz, á cuya honra está dedicada la mencionada iglesia de Barcelona y de Santa Eulalia, cuyo cuerpo descansa en ella, que le auxiliásemos para restablecer su templo, casi del todo arruinado...* (1) Pero esta fábrica vino al suelo con los demás edificios de la ciudad en la toma, saqueo é incendio de Barcelona por las tropas de Almanzor, en tiempo del conde D. Borrell II, siendo obispo Vivas, á 6 de julio de 986 de la Encarnación. Tan terrible fué aquella asolación que, como dice el Sr. de Bofarull (2), *no quedó escritura, libro ni monumento alguno que recuerde la dominación romana, la goda, ni finalmente la misma de los árabes que en esta ocasión echaron sobre sus glorias el denso velo que ofusca también los hazañosos hechos de nuestros primitivos Condes.* No podemos asegurar cuál fuese el sitio de aquella antigua Iglesia; pero es la opinión más probable que estuvo en el llano ó plazuela de la Catedral, frente su actual puerta (3).

Resintiéndose aquella fábrica de su vejez, y en particular de los daños que le acarrearán las hostilidades de los Sarracenos, el conde don Ramón Berenguer *el Viejo*, en vida de su primera esposa doña Isabel, año 1046 (4), fundó el segundo templo, como lo prueba una cláusula del acta de la consagración y dedicación en latín, que se conserva en el primer libro de las antigüedades de la Catedral y que Diago tradujo al castellano. Dice así: «Por donde, viendo que en el principal trono de su honor, dentro de los muros de Barcelona, iba ya faltando de vejez de la obra el Aula de la sede episcopal, y que en parte estaba destruída por los bárbaros, dolióse de ella por divino amor, y hízola renovar y restaurar desde los fundamentos.» Concluída ya por el año

(1) FLÓREZ.

(2) Véase *Condes vindicados*, tom. 1, pág. 159 hasta 170.(3) *Condes vindicados*, tom. 2, pág. 12.(4) PUJADES, *Crónica universal*.

1058, los condes don Ramón y su esposa doña Almodis, ayudados del piadoso celo del obispo Guislaberto, resolvieron hacer la fiesta de la consagración y dedicación, que se efectuó á 18 de noviembre de aquel año, con asistencia de toda la corte, y de los siguientes prelados: Wifredo, arzobispo de Narbona, Reamballo, arzobispo de Arles, y los obispos Guillelmo, de Urgel, Guillelmo de Vich, Berenguer, de Gerona, Arnaldo, de Elna, y Paterno, de Tortosa.

Poco duró aquel segundo templo, situado en el lugar que hoy ocupa el espacioso coro: además, la población habíase considerablemente aumentado, y el ensanche del territorio barcelonés, sus triunfos marítimos, su dilatado comercio favorecían los progresos de la cultura, al paso que con la abundancia iba creciendo el Estado en moradores y en poder. Era de consiguiente demasiado reducido para Barcelona de 1298, residencia entonces de la Corte, y el rey D. Jaime II puso á últimos de aquel año la primera piedra del actual empezado por las capillas de detrás del Altar mayor. Ignórase quién fuese el arquitecto que dió la primera traza de tan hermosa fábrica; y si es cierto que debió de existir un plan general que después siguieron los demás artífices que trabajaron en esta Iglesia, como lo demuestra su orden y unidad, saludamos la buena memoria de aquel desconocido *maestro* á quien debe Barcelona su mejor monumento. Pero en 1317 suena ya el nombre glorioso de *Jaime Fabre*, que construyó la mayor parte del edificio. Alguno ha atribuído á este célebre mallorquín el mérito de la invención de la traza del templo; pero mientras no salga á luz algún documento que lo justifique y que no ha podido encontrar todavía el celo y actividad de nuestros más distinguidos anticuarios, aquella aserción carecerá de todo fundamento y no pasará de conjetura. Si la catedral se empezó en Mayo de 1298, y Fabre no vino á Barcelona hasta junio ó julio de 1317, ¿cómo pudo asistir á sus principios? Sin embargo, atendida la duración de la construcción del templo, los pocos años que mediaron entre su primera fecha

y la en que aquel artífice se encargó de la dirección de los trabajos, puede sí decirse que, si no dió la planta general, fué el que más trabajó en un edificio que apenas estaría empezado cuando vino de Mallorca á Barcelona. Efectivamente, fácil será formarse una idea de la lentitud con que se proseguía aquella obra, si se considera que se le dió principio en Mayo de 1298 y que en 1329 sólo se había edificado hasta algunos palmos pasadas las puertas colaterales.

Por este tiempo se empezó á derribar la antigua Catedral del Conde don Ramón Berenguer I, situada, como ya dijimos, en el lugar que hoy ocupa el coro, y proseguíase este derribo en setiembre de 1379. De esto sin duda tomó su origen la tan sabida tradición de que cuando iban construyendo el actual templo, lo llenaban de tierra para poder edificar con más comodidad, sembrando en ella algunas monedas; de modo que cuando se quiso vaciar, acudiendo algunos á la invitación general que se hizo, propagaron la noticia del hallazgo de aquellos dineros, á cuya fama fué tanto el gentío que se puso á la obra, que el templo estuvo limpio en muy pocos días. No se nos oculta lo absurdo de esta tradición, pero deber es del que escribe asuntos de esta naturaleza, buscar el origen de cuántas creencias populares se le presenten, que en esto y no en despreciarlas redondamente consiste la verdadera filosofía.

En 1338 habíase concluído ya la preciosa capilla subterránea de Santa Eulalia que dejamos descrita; y así pudo el cabildo tratar de trasladar al nuevo altar el cuerpo de la Santa, que estaba en la Tesorería mientras aquel se le edificaba. Fijóse la fiesta para julio de 1339; y su solemnidad fué tal, que merece le consagremos algunas líneas.

Después de celebradas las ceremonias que la Iglesia acostumbra, sacóse del templo el santo cuerpo, y cobijado por rico tálamo de oro fué devota y humildemente llevado en procesión por la ciudad. Abríanla á caballo el venerable Bernardo de Tous, Veguer de Barcelona y del Vallés, Pedro de Tous, su

hermano, Pedro Fivaller, Subveguer de Barcelona, Pedro de San Climent y Pedro Bussot, obreros de la ciudad en aquel año, nombres gratos á nuestra antigua gloria. Estos pocos honorables ciudadanos bastaban para poner orden en aquel innumerable gentío que de todas las partes de Cataluña, Mallorca, Valencia y Aragón acudiera. Seguían todas las comunidades religiosas, y hasta las vírgenes del claustro abandonaban aquel día el silencio y paz de su retiro y asomaban tímidos y en parte cubiertos sus atormentados rostros entre el bullicio y regocijo de la muchedumbre. Iban á dos manos la venerable señora Comendadora Guillerma de la Torre y el convento de Santa María de Junqueras: el mismo orden guardaban la venerable señora Ricarda, por la gracia de Dios Abadesa, y el convento de San Pedro de las Puellas. Las abadías ostentaban su riqueza y gravedad; y al paso que los priores de San Cucufate del Vallés, de San Pablo del Campo, de Santa María de Fonroch, y de Santa María de Caserres arrastraban luengas y sendas capas de púrpura, relucían las mitras y demás insignias pontificales en los prelados don Bernardo de Albi, Cardenal legado del Papa, don Arnaldo, arzobispo de Tarragona, don Fray Guidón, obispo de Elna, Otón, de Cuenca, don Fray Ferrer de Abella, de Barcelona, don Galcerán, de Vich, don Arnaldo, de Urgel, y en los ábades mitrados de Poblet, de Santas Creus, de San Lorenzo del Munt, de Santa María de Camprodón, de Santa María del Estany, y de San Feliu de Gerona. En pos de ellos venían los Concelleres de Barcelona, que á la sazón eran Guillén de Najera, Jaime de San Climent, Simón de Oltzet, Bernardo de Rovira, menos el quinto Arnaldo Gombal, que estaba ausente, y luégo seguía la flor de la nobleza y caballería de entonces, en la cual descollaban don Bernardo, vizconde de Cabrera, don Jofre de Rocaberti, vizconde de Rocaberti, don Bernardo Ugo de Rocaberti, vizconde de Cabrenys, don Pedro de Fenollet, vizconde de Illa, don Juan de So, vizconde de Evol, don Ramón de Canet, vizconde de Canet, don Bernardo de Boxadós, procu-

rador real en Cataluña, don Otón de Moncada, señor de Aytona, y don Ramón de Cardona, señor de Torá. Brillaba detrás todo el esplendor de la corte, el Rey de Aragón don Pedro III *el Ceremonioso*, el de Mallorca don Jaime, el Infante don Pedro, conde de Ribagorza y de Ampurias, y el Infante don Ramón Berenguer, hijos ambos del difunto Rey don Jaime II; el Infante don Jaime, conde de Urgel y vizconde de Ager, hijo del difunto Rey don Alonso IV; el Infante don Fernando, hermano del Rey de Mallorca; y allende de esto, dice Diago, diez y seis hombres vestidos de paño nuevo colorado de Cadins, llevaban ocho cirios encendidos, de dos quintales de peso cada uno. Pasó la procesión por la calle de la Frenería, Plaza del Blat, en cuyo centro colocaron por un rato el cuerpo de la Santa encima de una mesa cubierta de un paño de grana, calle de la Pellería, Boria, Moncada, Born, entrando en Santa María del Mar, Plaza de ésta, Plaza del Blat, Frenería, y regreso á la Catedral. Allí los más ilustres personajes metieron las sagradas reliquias en un pequeño vaso de mármol que colocaron dentro de la grande urna arriba explicada, la cual cerraron Jaime Fabre, maestro de la obra, Juan Burguera, Juan de Puigmoltó, Bonanato Peregrí, Guillén Ballester y Salvador Bertrán, obreros de la fábrica del templo. Asistieron también á la ceremonia la Reina doña Elisenda, viuda de don Jaime II: doña María de Aragón, esposa del Rey don Pedro III: doña Constanza, esposa del Rey de Mallorca: doña Violante, viuda del Déspota de Romanía: doña María Álvarez, mujer del Infante Conde de Prades; y entre las damas las nobles señoras doña Beatriz, vizcondesa viuda de Cardona; doña María, vizcondesa de Narbona, esposa de Amalrico de Narbona; doña Marquesa, vizcondesa de Illa; doña María, vizcondesa de Canet; y doña Isabel, vizcondesa de Evol; además de un inmenso concurso de todos los reinos de Aragón que acudieron á presenciar aquella festividad, que quizás no dejaría de producir efecto en nuestros días, y que tan grande lo produciría en los españoles de aquel siglo, pues en ella veían

á los objetos más sagrados entonces, el Rey, la Iglesia, la Caballería y la Municipalidad, desplegar toda su pompa y fascinar sus ojos rivalizando en la magnificencia de sus arreos.

Tal vez á alguien parecerá inoportuna esa sucinta relación de aquella solemnidad; pero el documento y testimonio original en latín de *Marcos Mayol*, notario de la Ciudad (1), traducido por Diago, del cual sacamos nuestros breves apuntes, será siempre uno de los más interesantes, pues en pocas palabras contiene lo más notable é ilustre de aquella época, tanto en personas reales y magnates, como en nobles damas y dignidades eclesiásticas y civiles.

En 1388 ya estaban en pié los dos primeros pilares del templo, junto al trascoro, y en aquella época desapareciera el nombre de Jaime Fabre, cabiendo al maestro arquitecto *Roqué* la gloria de edificar el resto del santuario. Finalmente, siendo Administrador de esta Iglesia el ya mencionado Patriarca de Jerusalén desde 1420 hasta 1430, se concluyó el interior desde el trascoro hasta la puerta principal.

El claustro es de fines del siglo xiv hasta casi mediados del xv. Empezólo el arquitecto *Roqué*, lo continuaba en 1432 *Bartolomé Gual*, y á 26 de Setiembre de 1448 cerró su última bóveda *Andrés Escuder*, mientras algunos años después todavía se trabajaba en los detalles y en completar el exterior, que parece quedará para siempre en el indecoroso estado en que lo dejó el descuido de estos últimos siglos.

Hemos mencionado con más ó menos extensión todos los que tuvieron parte en la fundación de tan suntuoso edificio; hemos trazado breves rasgos históricos acerca de algunos de ellos; permítasenos, pues, que presentemos resumidos bajo un golpe de vista los pocos arquitectos y escultores que han podido llegar á nuestra noticia, sacados casi todos de los libros de cuentas de la obra de aquella fábrica.

(1) Archivo municipal. Lib. 1, *Rojo*, fol. 154.

Dejando á un lado la primera fecha de la fundación de esta Iglesia, pues no se sabe cuál fué su primer arquitecto, en 1317 hállanse noticias del maestro *Jaime Fabre*. Fué natural de Mallorca y autor de la iglesia y convento que fué de Dominicos de Palma, templo el más grandioso y bello de cuántos poseía aquella orden. Empezólo á últimos del siglo XIII y lo concluyó en 63 años, pero interrumpió sus trabajos para venir á Barcelona en 1317, á instancia del Rey de Aragón y del Obispo de esta Ciudad, á encargarse de la dirección de la obra de la Catedral. Los señores obreros del nuevo templo, dice el señor Furió (1), «prometieron dar al arquitecto el maestro Jaime diez y ocho sueldos semanalmente por todo el tiempo de su vida, tanto si estaba sano como enfermo; y durante la obra, en el caso de que quisiese pasar por asuntos de su dependencia á Mallorca su patria, se obligaba el cabildo á pagarle los fletes y el importe de su manutención tanto de ida como en su regreso..... Prometieron igualmente darle casa franca para él y su familia, como también doscientos sueldos anuales para vestirse á él y á sus hijos».....

Desde 1375 hasta cerca principios de 1400, era maestro mayor *Roqué*, auxiliado de un substituto, *Pedro Viader*. Cobraba el arquitecto 3 sueldos y 4 dineros diarios, recibiendo además cada año 100 sueldos para vestirse, y en 1387 acordaron los señores obreros de la Iglesia aumentarle su honorario hasta 2 florines ó 22 sueldos por semana. Viader recibía 50 sueldos anuales para vestidos, además de su estipendio diario de 3 sueldos y 6 dineros, por su doble clase de substituto del arquitecto principal y trabajador.

En este período se encuentran los escultores siguientes: 1382, *Francisco Fransoy* construye capiteles de ventanas, á

(1) *Diccionario histórico de los profesores de las bellas artes en Mallorca*, pág. 55.

3 sueldos y 6 dineros diarios, y *Jaime Filela* trabaja en los adornos de los portales.

1387, *Bartolomé Despuix*, escultor, 4 sueldos diarios.—*Francisco Muler* esculpe los adornos de las torres, y es el autor de la mayor parte de los preciosos y delicados follajes de las ventanas y capiteles; 4 sueldos diarios.

1388, *Francisco Muler* esculpe algunas claves.

1389, *N. Alamany* construye capiteles y bases.

Desde 1432 hasta diez años después desempeñó el cargo de maestro mayor *Bartolomé Gual*, y en 1442 le reemplazó *Andrés Escuder*, de quien se halla noticia hasta el 1451, cobrando 4 sueldos diarios y 100 de gracia en la fiesta de Navidad. Este es el último verdadero maestro de la fábrica de la Catedral, y como los trabajos que después se continuaron atañen principalmente á la escultura, omitiremos los nombres de los demás arquitectos y concluiremos el resumen de los escultores y demás que trabajaron en el adorno del edificio.

1442, *Pedro Oller*, escultor, 4 sueldos y 6 dineros diarios.—*Antonio Clapos*, estatuario ó escultor (*esmaginayre*).

1449, *Clapos*, padre é hijo trabajan en la clave y demás adornos del lavadero del claustro.

1450, *Clapos*, esculpe muchas gárgolas ó canales, recibiendo por algunas 4 florines por canal.

1457, *Macías ó Matías Bonafé*, construye las sillas inferiores del coro, cobrando 15 florines por sólo el trabajo de cada una. Entre las varias cláusulas que contiene la capitulación celebrada entre aquel escultor y el Cabildo, se nota una en que éste le impone la condición de labrar en todos los asientos de las sillas adornos de hojas, pero de ninguna manera imágenes ó bestias.

1483, *Miguel Loquer*, natural de Alemania, auxiliado de su discípulo *Juan Frederic*, construye los delicados pináculos de las sillas superiores del coro. Muerto ya aquel digno artífice, la rivalidad ó el espíritu nacional y odio á los extranjeros, tan